1439-1

La Etica en Política y en Economía

(Conferencia en Instituto Pedro de Córdoba) 6.07.95

Es muy grato para mí participar en este acto en el que el Instituto Pedro de Córdoba inicia oficialmente este año su Maestría en Estudios Latinoamericanos con mención en Ciencias Sociales y de la Religión.

Se me ha pedido exponer, en esta oportunidad, algunas ideas sobre "La Etica en Política y en Economía". Confieso que el tema me apasiona; lo considero de la mayor importancia, especialmente en nuestros días, en que pareciera prevalecer la idea de que la moral es algo de alcance puramente personal que sólo tiene vigencia en el ámbito privado.

No puedo ocultar las aprensiones con que lo abordo ante vosotros. Desde sus inicios hasta nuestros días, la orden Dominica ha hecho aportes muy fecundos en su vocación de cristianizar la vida humana. El propio testimonio de Fray Pedro de Córdoba, cuya memoria honra este Instituto, nos muestra su valiente defensa, junto al Padre las Casas, de la dignidad humana de los aborígenes de nuestra América, mal llamados indios, a contrapelo de las políticas predominantes con su tiempo. Un domínico, Santo Tomás de Aquino, el Doctor Angélico, ya en el siglo XIII definió de manera que hasta hoy sigue siendo luminosa, las orientaciones fundamentales del pensamiento cristiano frente a las grandes cuestiones que al ser humano plantea la existencia en sociedad. Y a mediados de este siglo, otro domínico, el Padre Lebret, promovió el movimiento de "Economía y Humanismo" que tuvo importante influencia en el pensamiento y la acción de muchos cristianos comprometidos en política que tuvimos el privilegio de conocerlo, entre los cuales me cuento.

Las reflexiones que paso a compartir con ustedes no son fruto de eruditos

1439-2

estudios, sino más bien de meditaciones personales ante realidades que me ha tocado conocer y enfrentar en mi larga vida política. Ellas dicen relación con el contraste que a menudo advertimos, en el ámbito de los fenómenos sociales y económicos, entre "lo que es" y lo que creemos que "debiera ser".

Cuando hablamos de "política" pensamos en el gobierno de las naciones. Es una actividad que entraña ejercicio de poder.

Cuando hablamos de economía pensamos en la obtención de bienes para satisfacer necesidades humanas. Es una actividad que se asocia a los conceptos de ganancia y de riqueza.

Pero el fin de la política no es el poder, sino el bien común de la sociedad. El poder no es sino un medio para servir al bien común.

Y el fin de la economía no es la riqueza ni la ganancia; estos son simples medios para satisfacer las necesidades humanas de la gente.

En la realidad de la vida suele ocurrir, sin embargo, que los fines se olvidan y los medios se convierten en fines. La política se convierte en el arte de ganar, conservar y aprovechar el poder. Y la economía se convierte en la actividad de generar riqueza y gozar de ella.

El éxito, en política, se identifica con la conquista y mantención del poder. Y en la vida económica, triunfador es el que logra hacerse rico.

Estos criterios, muy frecuentes en la opinión vulgar, prescinden de toda consideración ética o moral. Si bien suelen ir acompañados de alguna opinión peyorativa respecto de los políticos y de los hombres de negocios –a los primeros se les califica de ambiciosos y arbitrarios, a los segundos de codiciosos y especuladores, a unos y otros de inescrupulosos y sinvergüenzas– parece admitirse que se trata de rasgos inherentes a la respectiva actividad, que no impiden aplaudir

los éxitos que en ellas se obtienen.

Pareciera creerse que la ética o moral sólo dice relación con la vida privada de los individuos, especialmente en sus relaciones familiares y en su conducta sexual. Muy excepcionalmente tendría vigencia en aspectos específicos de la vida pública y de la económica, como en algunos fenómenos de corrupción y de especulación.

Lamentablemente, no faltan quienes legitimen esta opinión vulgar procurando revestirla de fundamento racional y en cierto modo científico.

Fue lo que hizo Maquiavelo respecto de la política. Cuando aconsejó al Príncipe a "aprender a no ser bueno" no lo hizo porque desconociera o negara los valores de la moral. Si Maquiavelo legitima la inmoralidad política es porque –al decir de Maritain– "niega a los valores morales toda aplicación en la política". De ahí que, según señala el citado pensador francés, mientras quienes obraban inmoralmente antes de Maquiavelo "se sentían culpables, tenían una mala conciencia –dentro de los límites en que puede decirse que tuvieran conciencia", después de Maquiavelo "no sólo los príncipes y conquistadores del cinquecento sino los grandes líderes y constructores de Estados modernos y de la moderna historia, al negar la justicia para establecer el orden y toda clase de mal para satisfacer su voluntad de poder, tendrán una conciencia limpia y sentirán que cumplen su deber como jefes políticos. Y si suponemos que no son enteramente escépticos en asuntos morales y que tienen algunas convicciones religiosas y éticas acerca de la conducta personal del hombre, entonces se sentirán obligados –en todo lo relativo a la política– a dejar a un lado aquellas convicciones y a sacrificar estoicamente su moralidad personal en el altar del bien político...Un completo olvido del bien y del mal ha llegado a ser considerado como la regla, no de la

moralidad humana– sino de la política humana...La responsabilidad histórica de Maquiavelo consiste en haber aceptado, reconocido y apoyado como regla, el hecho de la inmoralidad política y haber asegurado que una buena política, una política de acuerdo con su verdadera naturaleza y sus fines genuinos, es por esencia una política no moral o amoral".

En nuestros días, algo parecido ocurre en el campo económico. Sobre la base de afirmar, como verdad científica, que la economía se rige por leyes naturales e inmutables que deben ser rigurosamente respetadas y que cualquier interferencia de la voluntad humana sólo perjudica o causa daño a su normal desarrollo, se la independiza de toda consideración ética o moral. Invocar razones de justicia, solidaridad o bien común para influir o condicionar las decisiones económicas, sería interferir la sagrada "mano invisible del mercado". Si queremos que la economía prospere, dejémosla que se desenvuelva libremente, al margen de toda interferencia de la voluntad humana. Espero no estar caricaturizando el pensamiento económico neoliberal al decir que, como el maquiavelismo en la actividad política, no niega la existencia de valores éticos o morales pero les niega aplicación en el campo de la economía. Esta debe regirse exclusivamente por criterios de eficiencia y de competitividad.

Aún a riesgo de que los partícipes de la moderna economía me califiquen de ignorante, debo confesar que así como rechazo el maquiavelismo en política, no me resigno a aceptar este dogmatismo supuestamente científico en economía.

Tanto la política como la economía son actividades humanas, que se ejercen por personas. Siendo así, necesariamente quedan regidas por la moral, que regula la conducta humana en cuanto al bien o al mal que como tal entraña.

Política y economía comprometen a personas humanas tanto en cuanto

sujetos activos, partícipes de su acontecer, cuanto como sujetos pasivos que experimentan, para bien o para mal, sus consecuencias. Siendo así, considero obvio que quienes actúan tanto en la vida política como en la económica, no pueden prescindir en ellas de criterios éticos para decidir su conducta. Ellos son moralmente responsables del bien y del mal que hagan o causen con sus acciones u omisiones. Pienso que esto constituye un deber ineludible para quienes nos proclamamos cristianos. El Evangelio nos manda buscar el Reino de Dios y su justicia. Para ello debemos ser siempre fieles a la verdad; ver en cada ser humano una persona, un hijo de Dios, hermano nuestro; rechazar toda tentación de violencia; practicar el mandato del amor.

¿Cómo se hace?

Mi experiencia en el campo de la política me enseña que ello siempre es posible, aunque tenga sus dificultades. Si se profesan ideales de bien común y se es fiel a ellos, posponiendo intereses personales o de grupo; si se respeta siempre la verdad y la dignidad personal de los adversarios; si se trabaja con la razón y se rechaza toda forma de violencia; si se reciben los triunfos con humildad y con paciencia las derrotas; si no se olvida nunca que la tarea consiste en servir y no en ser servido, creo que la actividad política es, como se ha dicho, una forma encomiable de caridad.

Lamentablemente, aún en nuestros tiempos en que los ideales de libertad, justicia, democracia y solidaridad humana prevalecen como aspiraciones sentidas por los pueblos, el maquiavelismo continúa teniendo adeptos que, aunque no lo profesen formalmente, lo practican en los hechos.

Hay políticos que creen todavía que para tener éxito se requiere ser flexibles frente a las exigencias de la ética. En nombre de un pretendido realismo y en aras

de una supuesta mayor eficacia, se justifican actos de objetable moralidad. Ello conduce a que políticos que dicen y creen buscar el bien de sus pueblos, terminen tolerando resquicios o excusas para justificar actuaciones reñidas con la moral, ya sea en los medios que emplean o en su conducta personal. Ante tales hechos, sociedades que en un principio reaccionaban con indignado rechazo, terminan por caer en generalizado escepticismo respecto a los políticos y frente a la política misma como actividad.

Esta realidad, que en mayor o menor medida ocurre en las sociedades modernas, nos plantea el gran desafío de vivir la política conforme a principios y valores.

Mi experiencia me enseña que, sin perjuicio de excepciones penosas propias de la condición humana, la mayoría de las personas que se comprometen en la acción política, lo hacer por razones nobles, desinteresadas, idealistas. Pero, más allá de los motivos subjetivos, las circunstancias de la realidad suelen debilitar o desbaratar esos buenos propósitos.

Desde luego, la propia condición humana, limitada y débil, que expone a que nos ocurra, como a San Pablo, que a veces no hacemos el bien que queremos y en cambio hacemos el mal que rechazamos. Esto pasa en la política, como en cualquier otra actividad, agravado por la circustancia especial de que en ella interviene una tentación especialísima: el poder. Aunque éste no es un fenómeno exclusivo de la política, en ningún otro campo de la actividad humana tiene tanta relevancia. Y el poder, quiérase o no, otorga privilegios, beneficios, posibilidades, que seducen y proporcionan tentaciones ante las cuales es fácil caer. Como lo dijo Lord Acton, "el poder tiende a corromper y el poder absoluto tiende a corromperse absolutamente" De ahí la importancia de la separación de poderes, que

1439-7

Montesquieu ideó para que "el poder detenga el poder".

Pero no sólo las limitaciones propias de la condición humana dificultan las posibilidades de realizar en la acción política los objetivos nobles e ideales que se profesan: hay también limitaciones objetivas, que emanan de las circunstancias propias de la realidad. No basta proclamar los más nobles ideales; es necesario convertirlos en hechos. No siempre es posible. Y no es responsable ante su pueblo y ante la historia el político que por puro idealismo o espíritu de testimonio se compromete y embarca a los suyos en una empresa prácticamente imposible. Aquí es donde juega el concepto weberiano de "ética del testimonio" y "ética de la responsabilidad". En tales casos es donde tiene especial aplicación la virtud de la prudencia.

¿Qué pasa con la ética en el campo de la economía?

Reconozco que en esta materia no tengo una experiencia personal. No soy economista, ni he participado en actividades productivas ni comerciales. Pero tengo la percepción de que es en este campo donde más se manifiesta en nuestros días la tendencia –a que al comienzo me referí– de independizar la vida real– los fenómenos económicos– de la ética.

Soy de los que nos formamos culturalmente en la idea, reafirmada por el Concilio Vaticano II en la Constitución Pastoral Gaudium et Spes, de que el desarrollo económico ha de estar al servicio del hombre, que "la finalidad fundamental de la producción (de bienes y servicios) no es el mero incremento de los productos, ni el beneficio, ni el poder, sino el servicio del hombre...de todo hombre, de todo grupo de hombres sin distinción de raza o continente".

Soy también de los que creeemos, conforme lo enseña el mismo documento eclesiástico, que "para satisfacer las exigencias de la justicia y de la equidad, hay

1439-8

que hacer todos los esfuerzos posibles para que dentro del respeto a los derechos de las personas y a las características de cada pueblo, desaparezcan lo más rápidamente posible las enormes diferencias que existen hoy".

Soy asimismo de los que creemos en el principio, reafirmado por el actual Pontífice Juan Pablo II en su Encíclica "Laborem Exercens", de "la prioridad del trabajo sobre el capital".

Soy, en fin, de los que asumimos la enseñanza tradicional de la Iglesia Católica sobre el "destino universal de los bienes", porque "Dios ha destinado la tierra y cuánto ella contiene para uso de todos los hombres y los pueblos".

Consecuente con estas creencias, que se fundamentan en la concepción evangélica de la dignidad esencial de la persona humana y de la prevalencia del "ser" sobre el "tener", soy de los que afirmamos la prioridad del "bien común" sobre el interés particular, la función social de la propiedad, el derecho de los trabajadores a un salario justo y a su asociación sindical para la defensa de sus intereses corporativos, como asimismo la legítima atribución y deber del Estado, como órgano del bien común, para participar directa o indirectamente en la vida económica, según los principios de la solidaridad y de la subsidiaridad.

Para nadie son un misterio las descalificaciones con que todos estos conceptos – expresión de elementales criterios éticos o morales– son hoy día resistidos y aún rechazados en nombre de supuestas verdades de la ciencia económica.

Como, por curiosa coincidencia, estas "verdades científicas" de la economía generalmente coinciden con los intereses de los poderosos, surge espontánea la interrogante que cuestiona el valor moral o ético de las tan invocadas "leyes económicas".

1439-9

Permítanme, sobre este tema, algunas reflexiones adicionales nacidas de mis experiencias de gobierno. Se refieren fundamentalmente al ámbito económico.

Parto por expresar que los llamados "equilibrios macroeconómicos" son una exigencia necesaria para la eficiencia y estabilidad de las economías. Por eso, respondiendo al criterio de mis colaboradores en ese ámbito, procuré ser celoso en mantener esos equilibrios, fundamentalmente siguiendo la receta de la buena dueña de casa: no gastar más de lo que se tiene. Pero como eran muchas las cosas que se debían hacer y lo que se tenía no alcanzaba para todo, era fundamental tener más recursos disponibles; de ahí la importancia de la reforma tributaria que en su momento patrocinamos.

Quienes conocieron los debates de aquella época recordarán que cuando se planteó la idea de aumentar los impuestos, no faltaron los que pusieron el grito en el cielo: "Va a paralizarse la economía", "no vendrían nuevas inversiones"; la catástrofe amenazaba.

Felizmente el clima patriótico de entendimiento y de consenso que prevaleció en esa etapa, permitió que se lograra una reforma tributaria no tan sustancial como la que yo aspiraba, pero si lo suficiente para dotar al Estado de los recursos necesarios para financiar sus nuevas políticas sociales en el ámbito de la salud, la educación y la vivienda. La experiencia demostró que el desastre que, según sus detractores, significaría aumentar los impuestos, no ocurrió.

Otro tanto pasó en el ámbito de las relaciones laborales. Es un hecho que en aquellos años, cuando asumí el gobierno, la clase trabajadora chilena había experimentado un deterioro muy grande en sus condiciones laborales, tanto en sus derechos sindicales como en el nivel de sus remuneraciones. Esto es lo que se llamó, en su tiempo, "la deuda social", que el gobierno democrático recibía y que

1439-10

nosotros teníamos que pagar; pagar la deuda social.

El mismo camino de los consensos, de la búsqueda de entendimiento, permitió que avanzáramos bastante en ese plano. No todo lo que hubiéramos querido. Aquí vuelve a regir aquello de que la política es el arte de lo posible. Pero avanzamos bastante. Sentados a una misma mesa, la CUT y la Confederación de la Producción y del Comercio, es decir, trabajadores y empresarios, llegaron a acuerdo durante los cuatro años de mi gobierno sobre el reajuste de las remuneraciones mínimas en niveles muy superiores a los del alza del costo de la vida, para recompensar y recuperar el poder adquisitivo de las remuneraciones. También fue posible, mediante una negociación en el Parlamento, hacer una reforma de la legislación laboral, que devolvió poder de negociación a los sindicatos y restableció poderes esenciales de los trabajadores que estaban olvidados.

Pero hay, en este ámbito económico social, muchos temas pendientes. El tema de las relaciones laborales, de las reformas laborales, ha sido planteado por el actual gobierno; se trata de mejorar aún más la capacidad de negociación de los sindicatos, dar un instrumento de organización y negociación a sectores que no gozan de él, como los trabajadores del comercio, temporeros de la actividad agrícola, trabajadores forestales. Se trata de posibilitar que los trabajadores se organicen en sindicatos, porque si bien hay sectores empresariales que reconocen la importancia del sindicato y respetan su organización, hay muchos otros que, en cuanto sorprenden que en su empresa se está organizando un sindicato, despiden a los organizadores o a un grupo, parando la organización.

El país sabe que el gobierno actual tiene proyectos presentados ante el Congreso para encarar estas realidades. Sin embargo, vuelven a surgir los anuncios

1439-11

agoreros: que esto va a parar la competitividad de la empresa chilena, que el boom que nos está convirtiendo en "tigres" o "jaguares" se va a derrumbar, que se van a crear situaciones de conflicto en las empresas, etc.

Yo no puedo sino formular una gran interrogante en torno a la seriedad científica de esas aprensiones. Como me las formulo, de manera más categórica todavía, frente al tema que ha estado en debate, felizmente resuelto en estos días en el Senado, del financiamiento para un mejoramiento de las pensiones mínimas, el cual alcanza a un 10%; para que los pobres pensionados que reciben $30.000 al mes, reciban $33.000. El gobierno dice: "aumentemos un 10% el impuesto a los cigarrillos y un 10% el impuesto a la bencina". Y ustedes han visto los titulares y declaraciones alarmantes de toda la jerarquía mayor del mundo empresarial, diciendo que con esto se viene el mundo abajo, que van a aumentar los costos. ¿Son costos de las empresas los cigarrillos que fuman sus ejecutivos? ¿Y de qué manera el gasto en bencina (no en petróleo, que significa un aumento del transporte), va a encarecer la producción? Será un sacrificio pequeño, personal, para mucha gente, incluso para la gente modesta, que gasta de su sueldo $30.000 en bencina y va a tener que elevarse este rubro a $33.000. Pero la mayoría de ellos no reclama, lo hacen gustosos. La publicidad de la campaña que se realizó en torno a este tema a mí me parece sintomática.

El tema del tipo de cambio y la política del Banco Central, en materia monetaria. El primer año de mi gobierno, los dirigentes empresariales, conversando conmigo, me dijeron; "señor Presidente, si el peso sigue subiendo o si el dólar no sube tanto, nosotros no vamos a poder mantener la capacidad competitiva de nuestro país en el exterior, y nuestra economía va a sufrir un grave deterioro. Es necesario que el gobierno tome medidas para mantener un alto tipo de cambio, es

1439-12

decir, un dólar alto". En alguna ocasión, ya en el penúltimo año de mi gobierno, me dijeron –en buena armonía, ya que tuve una relación personal y humana muy buena con los dirigentes empresariales, aunque discrepé de sus criterios y opiniones– me dijeron: "Señor Presidente, el dólar está a $400, si de aquí a fines del año 1993 no está a $470, nosotros no vamos a poder mantener la competitividad de nuestras empresas". Hoy el dólar está a $375 y se mantiene la competitividad de esas empresas.

Recuerdo que les dije: ustedes son partidarios de la ley de la oferta y la demanda. Cuando un país vende mucho, le va bien, llegan dólares, y al abundar las divisas, baja el precio de éstas; es la lógica de la economía, que ustedes consideran que es inmutable. Sin embargo, cuando a ustedes no les conviene, piden que el gobierno, –el cual no debe meterse en economía– intervenga.

Hoy se debate sobre la necesidad de reforzar el tipo de cambio para nuestras exportaciones agrícolas. Yo creo que realmente éste es un desafío muy serio que tiene nuestro país; ¿cómo mantener una agricultura próspera y competitiva?

Creo que hay que hacer un esfuerzo, y se está realizando. También está el problema de la reconversión. Pero ¿por qué toco el tema? Simplemente para señalar como interrogante, ¿se enfocan estos temas con criterios realistas y a la vez éticos? o ¿se enfocan con consideraciones muy parciales, en función de determinados intereses, prescindiendo del sentido del bien común, y a veces sin respeto por la verdad?

En este mismo campo, es un hecho que nuestra fruta, que es muy buena, que tiene mercado en el exterior, sin embargo no tiene buen precio en el exterior y esto perjudica a Chile, a sus agricultores, a la economía nacional. Cuando el tema se planteó, –lo recuerdo como si fuera hoy– les dije a los dirigentes del sector: he

1439-13

oído que Sudáfrica exporta manzanas y las vende mejor que los chilenos y la razón que se me ha dado es que éstas llevan un sello de certificación de calidad emitido por el Estado sudafricano; los compradores realizan su transacción con confianza. Se rechazó mi sugerencia, como intento de interferencia indebida del Estado. Tres años se ha estado discutiendo el tema, hasta que se ha llegado a un proyecto de ley, que ayer fue despachado por la Cámara de Diputados, en donde se acepta, en definitiva, la certificación de calidad, pero con una fórmula que impida la intervención del Estado y sean organismos privados los que realizan esta labor. ¿No es un dogmatismo absurdo, que revela mayor preocupación por el interés personal que por el bien común?

Estas son, a mi juicio, reflexiones vinculadas al tema ético, ¿hasta qué punto el dogmatismo de las leyes económicas nos aleja de los valores morales en la actividad económica?

Permítanme cinco minutos para terminar haciendo otra reflexión respecto de los desafíos éticos de nuestro tiempo en el campo político y económico.

Cuando hoy se habla de temas con significado moral en el ámbito de la vida social, se plantea: Primero, la corrupción en la política y en la Administración Pública; Segundo, la drogadicción y el narcotráfico; Tercero, el deterioro ecológico, el mal uso de los recursos naturales, con lo cual, se destruye las posibilidades de vida a futuras generaciones; Cuarto, el aborto: cantidad de abortos que hay en el mundo occidental y en nuestro país; y Quinto, el egoísmo, el consumismo, el abismo creciente entre ricos y pobres.

Pero vean ustedes los medios de comunicación. Los dos primeros, la corrupción y las drogas, están en primera plana. Generan denuncias, condenas, dedos acusadores. Y a veces puede ser un caso insignificante de corrupción; un

1439-14

funcionario municipal que se quedó con $20.000, pero suscita gran titular: ¡Escándalo!

Respecto al deterioro ecológico y al aborto, hay más bien silencio. Son hechos que ocurren. ¡"Así es la vida"! Pero no se generan campañas de opinión, salvo en sectores muy especializados, grupos ecologistas, grupos preocupados de la condición de vida de la mujer.

Finalmente, el egoísmo y el consumismo. De este tema no sólo no se habla; eso se considera natural y la publicidad lo promueve. A mí me causa una tremenda inquietud cuando me toca ver en la televisión, la publicidad que se hace de tanta cosa más o menos inútil y que llega a los hogares de la gente pobre, de los niños, que les muestran unas maravillas. Para hacerle propaganda a la cerveza, muestran niñas y autos estupendos; o para promover cualquier otro producto, muestran cosas a las que esa gente nunca va a tener acceso. Una incitación al consumismo.

Pienso que éste es también un aspecto que debe hacernos meditar acerca de las necesidades de establecer un orden jerárquico, de valores éticos o morales, en las relaciones económicas en nuestro tiempo.

Muchas Gracias